

La Guerra Civil Española y la polarización ideológica y política: La Argentina 1936-1946.¹

Luis Alberto Romero²

En enero de 1939 llegó a la Argentina el dirigente socialista español Indalecio Prieto. Aunque no era momento de festejos, Prieto fue recibido por una muchedumbre, y otras multitudes igualmente entusiastas lo acompañaron en cada aparición, durante los diez días en que estuvo en el país. El episodio testimonia la intensa y fervorosa movilización local en favor de la España republicana. Un grupo menor, pero significativo, apoyó al franquismo y celebró la caída de la República.³

La apasionada toma de partido, que se prolongó con algunas variantes durante la Segunda Guerra Mundial, repercutió en la política local. Quiero indagar sobre

¹ Este artículo ha sido publicado en el Volumen 38, Número 2 del *Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura* (julio-diciembre de 2011). Una versión preliminar fue presentada en el Seminario Internacional “América Latina ante la Guerra Civil Española”, organizado por la Universidad Nacional de Colombia y el Centro Cultural Educativo Español Los Reyes Católicos. Bogotá, 4 al 9 de abril de 2011.

² Consejo Nacional de Investigaciones Científicas. Universidad de Buenos Aires.

³ Silvina Montenegro: La Guerra Civil española y la política argentina Tesis Doctoral. Universidad Complutense de Madrid; Madrid; 2002. Es la mejor monografía sobre el tema. Otros trabajos clásicos: Mark Falcoff y Fredrick Pike (eds.): The Spanish Civil War, 1936-39. American Hemispheric Perspectives, Lincoln and London, University of Nebraska Press, 1982. Mónica Quijada: Aires de república, aires de cruzada: la Guerra Civil española en Argentina. Madrid, Barcelona, Sendai, 1991

la traducción local de los conflictos internacionales. Mi hipótesis es que la dinámica política desencadenada por las posiciones adoptadas durante la Guerra de España contribuyó en alguna medida, ni lineal ni directa, a darle una forma singular a la política argentina contemporánea.⁴

Para mostrarlo consideraré primero la repercusión de la Guerra de España y la manera como se alinearon los sectores políticos y de opinión, en favor del franquismo y de la República, tanto en la colectividad española como en la opinión pública argentina. Luego explicaré el lugar de estos alineamientos en el proceso político argentino entre 1936 y 1946, destacando las continuidades y a la vez la cambiante composición de la polarización política, hasta llegar, con el triunfo de Juan Domingo Perón en 1946, a un resultado novedoso y en cierto modo inesperado.

La colectividad española en la Argentina era la más numerosa, junto con la italiana. De los dos millones y medio de habitantes que Buenos Aires tenía en 1936, más de 300.000 eran españoles, y a ellos deben sumarse sus hijos argentinos, y hasta sus nietos, que participaban de la vida de la colectividad. Esta se desarrollaba a través de una red de asociaciones amplia y bien tramada, definidas como “española”, o bien “vasca”, “gallega”, y demás. Había también micro asociaciones que vinculaban a los provenientes de un mismo pueblo. Por entonces los inmigrantes mantenían fuertes contactos personales con España, enviando ayuda a sus parientes o acogiendo a nuevos migrantes. La elite de la colectividad cultivó además relaciones comerciales y culturales y así surgieron la Asociación Patriótica y luego el Instituto Cultural, que organizaron la visita de intelectuales como Rafael Altamira, Ramón Menéndez

⁴ Una aguda interpretación de este proceso en Tulio Halperin Donghi: Argentina y la tormenta del mundo. Ideas e ideologías entre 1930 y 1945. Buenos Aires, Siglo XXI Editores, 2003.

Pidal o José Ortega y Gasset, cuyas visitas, en 1916 y 1928, tuvieron gran repercusión. También eran importantes las conexiones políticas. En 1924 se fundó el Centro Republicano Español, y en 1931 muchos españoles viajaron a España para participar de la política de la nueva República.

La Guerra dividió a la colectividad, y ambos bandos disputaron por el control de las asociaciones. Los partidarios de los sublevados, los “franquistas”, controlaron las grandes asociaciones “españolas”, como el Hospital Español o el Club Español, mientras los republicanos se hicieron fuerte en las asociaciones regionales, como las de catalanes o gallegos. Otras muchas se dividieron. Ambos bandos se enfrentaron apasionadamente. La historia mítica recuerda los combates de republicanos y franquistas en la Avenida de Mayo, la principal avenida porteña de entonces, ante las pizarras de los diarios o entre los parroquianos de los cafés frecuentados por unos y otros.⁵

Pero lo más importante fue organizar la solidaridad con los bandos en lucha en España. Aquí dejó de ser un problema exclusivo de la colectividad, pues los argentinos participaron intensamente.

El bando franquista

De los franquistas conocemos menos. Del lado de la colectividad no hubo gran cosa: unas Asociación Tradicionalista, una sección local de Falange-JONS y unos Legionarios de Franco, promovidos por gente de la elite societaria y por el activo enviado de la Junta de Burgos, Juan Pablo de Lojendio, instalado en Buenos Aires desde 1936.

El mayor local apoyo provino de los católicos y los nacionalistas. Entre los católicos argentinos se venía desarrollando desde 1920 un fuerte movimiento

⁵ Dora Schwarzstein: Entre Franco y Perón. Memoria e identidad del exilio republicano español en la Argentina. Barcelona, Crítica, 2001. Hernán M. Díaz: Historia de la Federación de Sociedades Gallegas. Identidades políticas y prácticas militantes. Buenos Aires, Biblos, 2007.

de renovación intelectual, inspirado en las doctrinas de Pío XI acerca de la “restauración cristiana de la sociedad” y el “advenimiento del reinado de Cristo”. Para ellos la Argentina era una “nación católica”, y en su interpretación de la nacionalidad asignaron un papel importante a la Hispanidad, según la versión nacional católica de Marcelino Menéndez y Pelayo. La presencia de Ramiro de Maeztu como embajador, quien concibió en Buenos Aires su célebre libro Defensa de la Hispanidad, y del cardenal Gomá y Tomás, entusiasta asistente al Congreso Eucarístico Internacional de 1934, fortalecieron sus lazos con la España nacional y católica.

En 1936 los católicos vieron en Franco no solo a quien restauraba el orden y eliminaba a los comunistas, sino al instaurador de un “orden nuevo”, que identificaron con el reinado de Cristo Rey. La defensa de “la España que sangra” era para estos jóvenes católicos, y para el grueso de la Iglesia, el preámbulo de la proyectada conquista del Estado argentino, al que ya habían empezado a poner sitio. Para ello se dedicaron a adoctrinar al Ejército en el nacional catolicismo y a movilizar a los jóvenes a través de la Acción Católica, para conquistar las calles y la opinión.

En 1936 la Iglesia movilizó sus parroquias en una gran colecta destinada a la compra de objetos de culto para los templos españoles incendiados. Fueron llevados a España por monseñor Franceschi -director de la influyente revista Criterio- quien volvió convertido en entusiasta propagandista de la causa franquista. Lo acompañaban, con matices, los obispos y los intelectuales católicos, algunos volcados inclusive al nazismo.

Estas posturas produjeron una división en el mundo católico, que salió a la luz en 1936 en ocasión de la visita del francés Jacques Maritain, el más prestigioso filósofo tomista. Sorpresivamente, manifestó que no adhería a las ideas de “cruzada” o “guerra santa”, y se declaró neutral ante el conflicto español.

Además, se vinculó con los intelectuales liberales y hasta con la comunidad judía, en momentos en que se intensificaba el antijudaísmo católico. Maritain fue violentamente atacado por los decepcionados católicos integristas, pero la escisión fue irreversible. Los seguidores de Maritain, sin ser muchos, marcaron una división del campo católico que se profundizó en los años siguientes.

Los grupos nacionalistas fueron los más activos, tanto en la calle como en la prensa. Eran muchos y estaban muy divididos, pero coincidían en la aspiración a un Nuevo Orden, inspirado en el fascismo. La adhesión al franquismo contribuyó a su expansión. Los jóvenes católicos confluyeron con ellos, y no era fácil distinguirlos, pues se reclutaban en los mismos ámbitos, como los colegios católicos. El nacionalismo le dio a la militancia católica una perspectiva política concreta. El Orden Nuevo fascista podía identificarse, si no se lo miraba en detalle, con el Reinado de Cristo. Sobre todo, católicos y nacionalistas compartían el estilo político de la movilización, la pelea y la polémica, y coincidían en sus enemigos: el liberalismo, el laicismo, el comunismo, los masones y los judíos. Esta coincidencia preocupó a la jerarquía eclesiástica, que reiteradamente -e inútilmente- recordó a los jóvenes que no mezclaran ambas militancias.⁶

Cercanos a católicos y nacionalistas se encontraba muchos conservadores tradicionales, que integraban la coalición de gobierno, junto con otros grupos

⁶Loris Zanatta: Del Estado liberal a la Nación Católica. Iglesia y Ejército en los orígenes del peronismo, 1930-1943. Bernal, Universidad Nacional de Quilmes, 1996. Luis Alberto Romero: "El Ejército de Cristo Rey: movilización católica en Buenos Aires, 1934-1943"; en: Cuadernos de Historia, 32, Santiago de Chile, marzo de 2010. José Zanca: El humanismo cristiano y la cultura católica argentina (1936-1959). Tesis doctoral. Universidad de San Andrés, 2009. Marcus Klein: "Argentine nationalism before Peron: the case of the Alianza de la Juventud Nacionalista, 1937-1943"; en: Bulletin of Latin American Research, 20, 1, Oxford, 2001.

más liberales. Eran anticomunistas y partidarios de los gobiernos autoritarios y de orden, y por eso admiraron al fascismo y al franquismo. También defendieron a ultranza el uso del fraude en las elecciones.

En cuanto al gobierno, encabezado desde 1932 por el general Justo - conservador y fraudulento, pero defensor del orden institucional liberal-, no manifestó ninguna simpatía por la República, pero tampoco apoyó al franquismo; adhirió a la “no intervención” y mantuvo el reconocimiento diplomático de la República hasta el último momento. A la vez, desde 1936 desarrolló una política de represión del comunismo, que afectó en parte a los defensores de la República. En varias provincias los gobernadores y sus policías fueron más drásticos a la hora de prohibir reuniones y encarcelar oradores pro republicanos.

Lo más importante para el caso fue la negativa gubernamental a recibir a lo que se denominó “extranjeros peligrosos”, o “indeseables”, categoría que desde 1938 incluyó a los exiliados republicanos. No obstante, esta disposición se manejó con cierta flexibilidad, y fue tolerante con figuras destacadas, que ingresaban discretamente, como los intelectuales comunistas María Teresa León y Rafael Alberti. También fue sensible a la opinión pública, como se manifestó en el caso del buque Massilia, llegado a Buenos Aires en 1939, con un contingente de exiliados republicanos en tránsito a Chile. Natalio Botana, director del popular diario Crítica y ferviente republicano, organizó una campaña pública, y logró que el gobierno autorizara la permanencia de un numeroso grupo de intelectuales y artistas.

La solidaridad con la República

El movimiento solidario con la República concitó el apoyo de la mayoría de la colectividad española, sobre todo, los sectores populares y medios: pequeños comerciantes, obreros, servicio doméstico. El Centro Republicano Español, que

editó el periódico España Republicana, se convirtió en el gran coordinador de la ayuda, con el firme apoyo de la Embajada. El respetado embajador Ángel Ossorio y Gallardo, jurista, católico y monárquico, se esforzó por lograr que todos los grupos se concentraran en esa tarea y trató de evitar las confrontaciones facciosas.

Pero la faccionalización del movimiento solidario era inevitable, pues reproducía los conflictos que se daban por entonces en España: socialistas, comunistas, anarquistas y, autonomistas, vascos, gallegos o catalanes. Las divisiones se manifestaron en las diversas organizaciones, que competían por el apoyo, discutían sobre los métodos y se criticaban acerca del uso de los fondos. El Centro Republicano organizó Amigos de la República Española; anarquistas y sindicalistas organizaron la Coordinadora, y los comunistas la poderosa Federación de Organizaciones de Ayuda a España, de alcance internacional. Pero muchos grupos se mantuvieron independientes, como la importante Federación de Sociedades Gallegas. Todas ellas organizaron campañas, ingeniosas y exitosas, como la “Ración del miliciano”, del Centro Republicano, el suministro de ambulancias, de los comunistas o la fabricación de cigarrillos “Leales” por los gallegos.

Lo verdaderamente decisivo en esta campaña de solidaridad republicana, una de las más importantes en el mundo, fue la participación de la sociedad local. En 1936, las asociaciones y grupos de solidaridad con la República brotaron como hongos. En agosto ya había unas doscientas en todo el país. El impulso de los españoles fue importante, pero la clave se encuentra en singularidad social de la Argentina de entonces: una sociedad dinámica, con una fuerte movilidad ascendente y un denso asociacionismo. En la Argentina floreció todo tipo de asociaciones: las de los inmigrantes, las cooperativas agrarias, las sociedades barriales de fomento, las bibliotecas populares, los clubes sociales

y deportivos, además de los sindicatos y los comités políticos.

En esta densa trama asociativa predominó la gran tradición cultural e ideológica liberal y democrática, diferente y opuesta de la católica y nacionalista antes mencionada. La biblioteca popular y la parroquia fueron las instituciones barriales típicas de ambos mundos. Alimentados por la corriente liberal, una parte importante de los sectores populares desarrollaron por entonces una actitud básica, reformista y progresista, que se reconoció en la España republicana y se identificó con ella.

En una época en que la política local despertaba poco interés, debido al fraude sistemático que hacía el gobierno, la solidaridad con la República ofreció una causa justa que alimentó la ilusión colectiva y convocó el apoyo generoso de muchos. Cada comité político, sindicato, sociedad fomentista o club social barrial fueron potencialmente núcleos solidarios, que convocaron el apoyo unitario de los vecinos, antes de ser presa de la faccionalización mencionada. Sus miembros se consagraron a la militancia cotidiana de recorrer, casa por casa, para recolectar la ayuda, o de organizar actos y manifestaciones. La solidaridad tenía también su costado placentero, acorde con las formas de vida de entonces. Hubo una intensa sociabilidad republicana, basada en festivales, picnics y excursiones campestres para recaudar fondos, en los que las jóvenes gustaban vestirse de “milicianas”, y las niñas de “milicianitas”. Los varones, por su lado, tenían la oportunidad de vivir, en pequeño, los combates reales, enfrentando a golpes a los nacionalistas en las universidades, o en el salón de actos de algún pueblo de provincia, donde la facción franquista podía ser encabezada por el mismísimo cura párroco.⁷

⁷ Leandro H. Gutiérrez y Luis Alberto Romero: Buenos Aires en la entreguerra. Sectores populares, cultura y política. Buenos Aires, Sudamericana, 1995. Silvina Montenegro: “Republicanos, gallegos y socialistas en la Argentina: la organización de los comités de ayuda durante la Guerra Civil Española”. Santiago de Compostela, Historia Nova IV, 1996.

Entre los partidos políticos, el Socialista constituyó el primer y más firme apoyo a la República. Sus vínculos con las asociaciones españolas, especialmente con las gallegas, eran estrechos. Sus militantes fueron siempre activistas del sindicalismo y del movimiento cultural popular y reformista. Los centros socialistas, al igual que los sindicatos dirigidos por ellos, se constituyeron en la base de los grupos solidarios. La Unión Ferroviaria, por ejemplo, a través de sus seccionales, facilitó la extensión del movimiento por todo el país.

Los acompañó el partido Comunista, que, pese a estar en la ilegalidad desde 1930, creció mucho en esos años, tanto en el campo cultural como en el sindical. Luego del célebre giro de la Comintern en 1935, la promoción de los frentes populares le permitió acercarse al socialismo, a los radicales y al centro liberal, con los que hasta entonces se había enfrentado duramente. Por entonces, y por influjo de Aníbal Ponce, reformularon su interpretación del pasado nacional y reivindicaron a los próceres liberales y progresistas como Moreno, Rivadavia o Sarmiento. La Guerra de España coincidió con ese giro, lo robusteció y profundizó, galvanizando a su militancia con una nueva utopía.

Entre 200 y 500 comunistas argentinos engrosaron las Brigadas Internacionales. El partido participó eficazmente en el movimiento solidario, lo que le permitió crecer, desarrollar organizaciones colaterales y también sumar "compañeros de ruta". Los efectos unitarios de esta acción se contrapesaron con las fuertes disputas y divisiones derivadas de su férreo designio de controlar la dirección de las organizaciones en que participaban.

La Unión Cívica Radical, el partido popular mayoritario, no tuvo una posición definida respecto de España. Aunque no faltaron entre ellos católicos y franquistas, la opinión media era liberal y democrática, pero también fuertemente anti estalinista, lo que explica en parte su negativa a integrar un Frente Popular. Marcelo de Alvear, su principal dirigente, no se definió

públicamente sobre la Guerra, aunque nadie sospechó que tuviera simpatías con el franquismo. Pero muchísimos de sus afiliados, así como algunos dirigentes notorios, participaron en los movimientos de solidaridad republicana.⁸

El grueso de la opinión liberal, diverso y poco institucionalizado, se fue definiendo lentamente. La nueva derecha anti liberal, nacionalista y católica, captó a muchos de sus miembros. El resto no simpatizó con el fascismo, pero a la vez era fuerte el rechazo al comunismo, que sin embargo cosechó “compañeros de ruta” en su ala más progresista. El diario La Nación, un buen testimonio de la opinión liberal, mantuvo durante buena parte de la guerra una posición imparcial, e informó de manera equilibrada sobre los dos campos, pero desde mediados de 1938 se inclinó por el franquismo. En cambio la revista Sur de Victoria Ocampo, que inicialmente se declaró alejada de los conflictos políticos, desde 1936 se definió en favor de la república española y el antifascismo, y hasta acogió a los católicos liberales, entablando una dura polémica con Criterio.

Los exiliados republicanos tuvieron mucha influencia en la polarización de la opinión. Los primeros llegaron en 1936, especialmente los gallegos, cuya tierra fue tempranamente ocupada por los franquistas, pero la mayoría llegó luego de 1939, no en bloque sino uno a uno. Los más visibles fueron los universitarios, los escritores y los artistas, que pronto se insertaron en el activo medio cultural local. Pudieron trabajar en la prensa o en las editoriales de origen español, como Losada o Sudamericana, cuyo notable crecimiento fue una de las consecuencias de la Guerra Civil. Aunque su expectativa era “no deshacer las

⁸ Ricardo Pasolini: “Intelectuales antifascistas y comunismo durante la década de 1930. Un recorrido posible: entre Buenos Aires y Tandil”; en Estudios Sociales, año XIV, núm. 26, Santa Fe, enero-junio 2004. Ana Virginia Persello: Historia del radicalismo. Buenos Aires, Edhasa, 2007. Alejandro Cattaruzza: “Las huellas de un diálogo. Demócratas radicales y socialistas en España y Argentina durante el período de entreguerras”; en: Estudios Sociales, 7, 1994.

valijas”, y volver a España pronto, participaron intensamente en la vida política local. Al sumarse al frente antifascista, junto con exiliados de otros países europeos, reforzaron los vínculos imaginarios de esta coalición con la Guerra Civil Española.⁹

Todos ellos participaban, de un modo u otro, de lo que bien puede llamarse un “frente antifascista”, que existió en el imaginario, aunque no tuvo forma orgánica. Hasta ese momento el fascismo se presentaba sobre todo bajo la forma ordenada y constructiva de un Mussolini aún no contaminado por el nazismo. Muchos lo habían tomado como modelo de un orden político posible, sin suscitar una reacción muy enérgica, fuera de los grupos más politizados. España mostró la cara dura y sangrienta del fascismo, que hasta entonces atraía a muchos. La democracia, cuya imagen estaba un poco alicaída, brilló como la alternativa al fascismo y sobre esas bases se formó una corriente de opinión que trascendió ampliamente a los partidos.

Las bases populares de ese movimiento fueron robustas. La defensa de la República española significó contraponer el fascismo con la democracia, unida a una perspectiva progresista y reformista de la sociedad, que era compartida por la opinión independiente y por quienes militaban en los partidos políticos. La unidad de ese sentimientos fue más fuerte que las diferencias partidarias.

Otro lugar de coincidencia amplia y de militancia fue el mundo artístico e intelectual. Una importante participación tuvieron los artistas e intelectuales que venían huidos de las dictaduras europeas, como Clement Moreau, Grete Stern, Attilio Rossi o Luis Seoane, quienes se sumaron fácilmente a los locales. En las artes plásticas, este nuevo tono se aprecia en el renovado impulso del llamado

⁹ Luis Alberto Romero: “Exilio gallego y política argentina, 1936-1976”; en: Ramón Villares (comp.): Luis Seoane. Galixia-Arentina: unha dobre cidadanía. Santiago de Compostela, Consello de Cultura Galega e Fundación Luis Seoane, en prensa.

arte comprometido, como el de los pintores Antonio Berni, Juan Carlos Castagnino o Lino Spilimbergo, que colaboraron en Buenos Aires con el muralista mexicano David Alfaro Siqueiros.

De Europa venía un modelo ya consagrado de organizaciones antifascistas. Aquí lo reprodujeron en primer lugar los comunistas, con la Asociación de Intelectuales, Artistas, Periodistas y Escritores, AIAPE, y su revista *Unidad*, en la que confluyeron muchos intelectuales afines y también “compañeros de ruta”. Otros escribían en la revista Claridad, que combinaba en dosis variables el socialismo con la democracia y el antimperialismo. Socialistas y liberales asistían al Colegio Libre de Estudios Superiores, ámbito académico donde los intelectuales más politizados alternaban con profesores universitarios. Crítica, el popular vespertino de Natalio Botana, jugado por la República, daba cabida a los intelectuales antifascistas más activos, que también encontraron lugar en Sur y hasta en el suplemento cultural de La Nación que dirigía Eduardo Mallea. El movimiento trascendió incluso la solidaridad con la República. Por ejemplo, las iniciativas para ayudar a los profesores españoles fueron apoyadas aún por conservadores liberales que no simpatizaban con ella. Se trató, en suma, de un arco amplio, una suerte de República de las Letras, que unía a los comunistas con La Nación, articulado por la idea de la defensa de la cultura, amenazada por la barbarie fascista. Funcionó en paralelo y complementariamente con la movilización popular, y sus vínculos fueron muchos, como por ejemplo las conferencias que muchos de ellos dictaban en las bibliotecas populares barriales.¹⁰

¹⁰ Sylvia Saitta: Regueros de tinta. El diario Crítica en la década de 1920. Buenos Aires, Sudamericana, 1998. María Teresa Gramuglio: “Posiciones, transformaciones y debates en la literatura”; en: A. Cattaruzza (dir.): Crisis económica, avance del Estado e incertidumbre política (1930-1943), Tomo VII de la Nueva Historia Argentina, Buenos Aires, Sudamericana, 2001. Fuegos cruzados. Representaciones de la Guerra Civil en la prensa argentina (1936-1940). Córdoba, Fundación Botí, 2005.

Ese amplio movimiento de opinión se vio socavado en su propósito común por la competencia de los partidos políticos, cada uno de los cuales aspiraba a representarlo de manera exclusiva o predominante. Algunas razones de los enfrentamientos surgían de los conflictos políticos en la propia España republicana; otros provenían de las discusiones acerca del manejo de los cuantiosos fondos de la solidaridad. Agreguemos otras, proveniente de la política argentina y sus opciones.

La cuestión se planteó así. ¿La causa española debía unir a todos, para asegurar la eficacia de la solidaridad? Eso sostenía el Centro Republicano y la Embajada. ¿O en cambio era conveniente mostrarla como uno de los actos de un combate mucho más amplio, contra el fascismo, del que la Argentina también formaba parte? Eso decían comunistas y socialistas. Dicho sintéticamente: ¿el eje estaba en España o en el fascismo? Esa discusión lleva a nuestro último punto: cómo se ubicó la polarización de opiniones generada por la guerra de España en el proceso político argentino.

La polarización de la política: de la Guerra de España al golpe de 1943¹¹

El 1° de mayo de 1936, cuando los frentes populares habían triunfado en Francia y en España, la CGT celebró el Día del Trabajo con un acto al que invitó a las principales fuerzas políticas opositoras. Marcelo de Alvear, el aristocrático ex presidente y jefe del radicalismo, principal fuerza opositora, fue presentado como un “obrero de la democracia”. Por entonces, socialistas y

¹¹ Para ésta y otras cuestiones de interpretación del proceso político argentino me remito a dos obras mías: Breve historia contemporánea de la Argentina . 2da ed., Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2001, y “Democracia, república y estado. Cien años de experiencia política en la Argentina. En: Roberto Russell (editor) Argentina, 1910-2010. Un balance del siglo. Buenos Aires, Taurus, 2010. Una lectura imprescindible es: Tulio Halperin Donghi: la larga agonía de la Argentina peronista. Buenos Aires, Ariel, 1994.

comunistas dirigían la CGT, y el movimiento obrero estaba en ascenso, lo mismo que el movimiento estudiantil universitario. En ese acto se lanzó la propuesta de un Frente Popular para enfrentar al fascismo. En respuesta, el ministro Federico Pinedo, de origen socialista, convocó a un Frente Nacional, que uniera a las derechas políticas tradicionales con el nuevo activismo nacionalista y católico. La República española -su defensa o su derrocamiento- estaba en la imaginación de ambos bandos de la política local.

Seis años antes, en 1930, un golpe cívico militar había acabado con el gobierno de Yrigoyen y con la primera experiencia democrática, que sus partidarios calificaron de popular, y sus adversarios, según los casos, de fascista, comunista o demagógica. Luego de una breve dictadura militar y un fracasado ensayo corporativista, en 1932 el presidente, general Justo, reafirmó el orden institucional liberal pero usó sistemáticamente el fraude electoral, para mantener alejados a los radicales. Estos le facilitaron las cosas absteniéndose de concurrir al comicio hasta 1935. Justo obtuvo éxitos en la superación de la crisis económica y en el diseño de un Estado más activo y con mayores capacidades, pero padeció por su escasa legitimidad política. Para compensarlo, Justo se recostó en las Fuerzas Armadas y en la Iglesia, que ya le apuntaban a la conquista del Estado: el Ejército con sus ideas de constituir “la nación en armas”; la Iglesia, fortalecida por el éxito del multitudinario Congreso Eucarístico Internacional de 1934 y con vastos planes para sustituir las instituciones liberales del Estado, empezando por la enseñanza escolar laica.

Hacia 1936 se reactivó la política, hasta entonces lánguida. Los radicales volvieron a las elecciones y el sindicalismo, dirigido por socialistas y comunistas desplegó una creciente combatividad. Fue en ese contexto que la Guerra Civil Española le dio a los conflictos locales una proyección inusitada. Cada episodio adquirió en la opinión un sentido inusitado: el Congreso de Escritores del PEN

Club, donde se enfrentaron liberales y nacionalistas, la vista de Maritain, ya comentada o la del presidente norteamericano Roosevelt.

La movilización por España potenció la división ideológica y cultural que llevaba más de una década de gestación. Por un lado el liberalismo, asociado con la democracia y el socialismo. Por otro, el nacionalismo fascista y el catolicismo militante de Cristo Rey. Había zonas intermedias, como el antimperialismo, nutrido a izquierda y derecha. Pero la Guerra de España arrasó con los matices y definió campos, tradiciones y utopías.

Esta polarización, muy clara en el campo ideológico, no alcanzó sin embargo para definir los alineamientos políticos. El Frente Popular propuesto en 1936 tuvo poco vuelo, sobre todo por la reticencia a las alianzas del radicalismo, que se consideraba en si mismo una “causa nacional”, y además rechazaba a los comunistas. Socialistas y comunistas arrastraban por su parte una fuerte rivalidad. En 1937 hubo elecciones presidenciales, los radicales fueron apoyados por los comunistas, pero los socialistas concurren por separado. De cualquier modo, el gobierno de Justo había organizado un fraude gigantesco y sistemático para asegurarse el triunfo. Curiosamente la opinión, ya fuertemente movilizada por España, no unió las dos cosas y no asoció el fraude gubernamental con el fascismo. Los partidos de izquierda lo intentaron. Destacaron el apoyo gubernamental del Ejército y la Iglesia; señalaron el autoritarismo fascista del gobernador bonaerense Fresco, declarado admirador de Mussolini, y la represión sistemática del comunismo. Pero no fueron convincentes. Era difícil identificar con Hitler o e Franco al general Justo, y menos aún a su sucesor Roberto Ortiz, quien intentó purificar el sistema electoral.

En 1939, el fin de la Guerra de España trajo desencanto y desmovilización. Poco después el pacto soviético-alemán giró la posición de los partidos

Comunistas, que criticaron a las “plutocracias”, se alejaron de sus antiguos aliados y buscaron otros nuevos, en el campo nacionalista y antimperialista, como los radicales nacionalistas de FORJA, o inclusive los historiadores alineados en el revisionismo histórico. En junio de 1941, con la invasión a Rusia, las cosas volvieron a la normalidad, pero los vínculos entre los comunistas y el resto del antifascismo nunca se restablecieron completamente. Era difícil dar forma política unitaria a la opinión antifascista.

Entre la guerra de España y la Guerra Mundial hubo otros cambios de bando. Fracasado el intento democratizador del presidente Ortiz, quien renunció en 1940 por razones de salud, el presidente Ramón J. Castillo siguió respaldando a los dirigentes fraudulentos y recostándose en las Fuerzas Armadas y en la Iglesia. Las Fuerzas Armadas avanzaron en el estatismo nacionalista de la doctrina de la “nación en armas”; la segunda logró importantes avances en el Estado con el establecimiento de la enseñanza religiosa en varias provincias. La posición argentina en la Guerra Mundial contribuyó en mucho a la confusión de los campos. El presidente Castillo sostuvo el neutralismo, en parte por las simpatías del Ejército con la Alemania nazi, en parte por el sentimiento nacionalista y antimperialista que crecía en la opinión pública, pero también porque eso convenía a Inglaterra, que así podía mantener un comercio de alimentos que le era vital. Pero desde fines de 1941 Estados Unidos presionó a la Argentina para que entrara en la guerra y se alineara con el resto de los países latinoamericanos. Esta posición fue apoyada en el país por el grueso del antifascismo, que se redefinió como aliadófilo, y recibió nuevos aportes. Muchos conservadores, que habían simpatizado con el bando franquista, abandonaron las filas oficialistas. Tal el caso del general Justo, el presidente del fraude, pero enfrentado con los militares nacionalistas y católicos, quien se ofreció a combatir junto con los aliados. Otro cambio notable fue el de Federico Pinedo,

tradicional defensor de la relación argentina con Gran Bretaña, quien proclamó la necesidad de alinearse con Estados Unidos e intentó, con poco éxito, articular una alianza entre conservadores y radicales

Por otro lado, el neutralismo convocó una corriente de opinión antimperialista de varias y contradictorias facetas, de derecha y de izquierda. Durante dos años, allí estuvieron los comunistas. Cerca de ellos, nacionalistas y católicos no se conformaban con apoyar a Castillo, a pesar de las ventajas obtenidas por la Iglesia, pues estaban convencidos de que había llegado la hora del Nuevo Orden. Por entonces habían ganado la opinión entre los oficiales jóvenes del Ejército. También avanzaron en la disputa por la opinión, a través de su prensa, militante y virulenta, y en la lucha por la calle, mediante organizaciones que, como la Asociación Nacionalista de la Juventud, movilizaba miles de militantes. En 1938 habían celebrado el 1° de Mayo, una fecha tradicional de la izquierda. Ese día los manifestantes atacaron la “plutocracia”, apoyaron la justicia social y proclamaron un Nuevo Orden nacional y popular. Se sumaban los jóvenes católicos, y las vivas a Cristo Rey se mezclaban con los Heil Hitler. Más mezclas.

Esta movilización alertó a la Iglesia y profundizó las divisiones de los católicos. Muchos, como el padre Meinvielle, simpatizaban con Hitler, pero otros, como monseñor Franceschi, aunque se identificaban con Franco y con Mussolini, lo encontraban intolerable, sobre todo después de la encíclica papal Mit brennender Sorge. Por otra parte, los católicos antifascistas, minoritarios pero activos, salieron a la palestra, sumando a la causa pro aliada, junto a los seguidores de Maritain, a antiguos militantes del catolicismo integral y del franquismo. Entre ellos estaba monseñor De Andrea, una figura marginal dentro de la Iglesia pero muy prestigioso entre la elite, quien desde 1941 adhirió sin reticencias a la causa de la democracia y el panamericanismo.

En 1940, con la invasión de Francia, el antifascismo pro aliado volvió a funcionar a pleno. Apareció el periódico Argentina Libre, que convocó a todo el mundo intelectual que había militado en favor de España, y en seguida se fundó la asociación Argentina Libre, que retomó las formas y prácticas del movimiento solidario de España. Pero hubo modificaciones importantes en su composición. Los comunistas fueron mantenidos a distancia, aún después de 1941. Al partido Socialista, muy activo en la organización, se sumaron el importante sector de la UCR que seguía a Alvear -no así la “intransigencia nacional” ni FORJA-, y una serie de notables personalidades del mundo de la Universidad, la política o los negocios, cuyas posiciones liberales conservadores los acercaron a la causa de los aliados.

Acción Argentina se expandió rápidamente, siguiendo el camino de la organización de la solidaridad con España, y pronto contó con 150 secciones locales, con capacidad de movilización y propaganda. Hicieron actos públicos y demostraciones y denunciaron las actividades nazis en el país, financiadas por la Embajada alemana. El combate contra la “infiltración alemana” -que asumió luego una comisión investigadora del Congreso- ofreció un objetivo compartido para un movimiento heterogéneo, en el que competían quienes querían ceñirlo a la cuestión de la guerra y quienes querían darle un alcance político más amplio.

Acción Argentina tuvo mucha presencia en las calles. El 25 de mayo de 1941 se reunió el primer Cabildo Abierto, una manifestación masiva que reunió a representantes de los grupos de base con las notabilidades dirigentes. Al elegir el simbólico Cabildo de Buenos Aires, lugar del “nacimiento de la patria” en 1810, identificó al movimiento con la tradición histórica “liberal”, cuestionada por entonces por el revisionismo nacionalista. El Gobierno prohibió sus actividades públicas, e impidió en 1942 la realización del segundo Cabildo

Abierto, pero en mayo de 1943, en vísperas del golpe militar, pudo reunirse nuevamente. Por entonces la UCR finalmente había aceptado discutir la invitación de distintas fuerzas anti fascistas -socialistas, demoprogresistas, comunistas, organizaciones obreras y estudiantiles- para constituir una alianza con vistas a la elección presidencial de 1944. El vuelco de la Guerra Mundial templaba los ánimos, y el apoyo a Estados Unidos y al panamericanismo ayudaba a articular las fuerzas liberales e izquierdistas.¹²

Aunque claro en sus grandes líneas, el panorama seguía siendo hacia 1943 bastante confuso en sus corolarios políticos locales. Las relaciones de los comunistas con las otras fuerzas anti fascistas seguían tensas. Connotados personajes del régimen fraudulento, hasta poco antes asociados con el fascismo, militaban codo con codo con los demócratas. Entre los nuevos aliados, muchas palabras y discursos debieron ser olvidados. Si bien el presidente Castillo era el enemigo de los antifascistas, su figura no alcanzaba para convertirlo en el Hitler o siquiera el Franco local, en el que concentrar y unificar el fuego. Por otra parte, para los simpatizantes del fascismo, aún apreciando sus acciones políticas, Castillo era el último representante de un orden caduco, que se aprestaban a derribar. Para completar la confusión, Castillo eligió como candidato presidencial oficialista a R. Patrón Costas, un dirigente conservador pro aliado.

Polarizaciones cambiantes: del golpe militar de 1943 al triunfo de Perón

Las cosas quedaron claras el 4 de junio de 1943, cuando un nuevo golpe militar desplazó a Castillo. Predominaba entre los militares gobernantes el nacionalismo en sus diversas variantes, el catolicismo integrista y el estatismo

¹² Andrés Bisso: Acción Argentina. Un antifascismo nacional en tiempos de guerra mundial. Buenos Aires, Prometeo, 2005. Andrés Bisso: El antifascismo argentino. Buenos Aires, CeDinCi., 2007.

económico, así como las simpatías con la Alemania nazi, pero distintos grupos pujaron duramente por controlar el gobierno revolucionario. Así se sucedieron el efímero general Rawson, el general P.P. Ramírez y, desde 1944, el general Edelmiro J., Farrell. Carente de apoyo político, el gobierno militar convocó a los cuadros del nacionalismo católico, especialmente en la educación y la cultura. El movimiento obrero y las organizaciones anti fascistas fueron reprimidos. Nacionalistas católicos depuraron las universidades de profesores liberales. Una medida clave fue la implantación de la enseñanza de la religión en las escuelas del Estado, largamente demandada por la Iglesia. Otra de sus demandas satisfecha fue una campaña de moralización, que se ocupó, entre otras cosas, de adecentar las letras de los tangos.

Por entonces la Iglesia vislumbró un Franco en estos militares, y creyó llegada la ocasión para instaurar el reinado de Cristo Rey. La Iglesia y el movimiento católico habían desarrollado una capacidad de movilización notable, y era capaz de poner en las calles multitudes, salidas de las parroquias, los colegios católicos o las obras piadosas y galvanizadas por los militantes de Acción Católica. Para apoyar al gobierno y ganar posiciones en la puja interna, en 1944 sus militantes salieron frecuentemente a la calle, convirtiendo cada celebración religiosa o acto patriótico en una demostración de fuerza. Obispos y generales presidieron juntos los actos patrios y los religiosos, escenificando la “nación católica”. Fue el punto más alto de la movilización del mundo católico. Sin embargo, los católicos anti fascistas también se hicieron oír, cuestionando la supuesta unidad católica. En octubre de 1944 muchos se ausentaron de la ciudad para no concurrir a los actos del IV Congreso Eucarístico Nacional, al que veían, no sin razón, muy vinculado a un gobierno con simpatías nazis. Preocupada por la división interna y por la profundización de las luchas internas de los militares, en 1945 la Iglesia optó por dar un paso atrás y retirarse de la

calle.

En cambio, las fuerzas políticas antifascistas se galvanizaron con las victorias militares aliadas. Pese a la represión gubernamental, festejaron masivamente la liberación de París en agosto de 1944, y desde entonces sus manifestaciones fueron *in crescendo*. El 17 de setiembre de 1945, en la masiva Marcha de la Constitución y la Libertad, reclamaron el llamado a elecciones, el traspaso del gobierno a la Corte y la destitución del coronel Perón, hombre fuerte del Gobierno militar.

Perón era un miembro destacado del GOU, el grupo de oficiales jóvenes que, tras los sucesivos generales presidentes, dirigía el gobierno revolucionario. En 1943 se hizo cargo de la Secretaría de Trabajo y Previsión, desde donde impulsó innovadoras políticas sociales y laborales y estableció fuertes lazos con los sindicatos obreros. Por su impulso mejoraron las condiciones salariales, se codificó el sistema de organizaciones gremiales y se estableció la mediación estatal en los conflictos. Por otro lado, fue desplazando a los jefes militares que competían con él y acumuló los cargos de vicepresidente, ministro de Guerra y presidente del Consejo de Posguerra. La oposición se concentró en su figura, en la que ya visualizaba con claridad, no a un Franco sino a un Mussolini, y juzgó que tal personaje era inadmisibile luego de la derrota mundial del fascismo.

Ante el embate opositor, un grupo de oficiales presionó al presidente Farrell para que forzara la renuncia y arresto de Perón. Fue entonces cuando acaeció la célebre jornada del 17 de octubre de 1945: una inesperada multitud de trabajadores colmó la Plaza de Mayo y respaldó a Perón, quien cerró la jornada hablando a la multitud desde los balcones de la Casa de Gobierno.

Consagrado como candidato oficial para las elecciones, Perón conformó una original alianza electoral y política. En ella se advierten tanto las continuidades

de las polarizaciones anteriores como fuertes quiebres y nuevos alineamientos. Perón conservó el apoyo del Ejército y de la Iglesia, preocupada por las posiciones laicas y liberales de la alianza opositora. Pero innovó profundamente, abandonando las opciones de la guerra: fascismo vs antifascismo. Se ocupó de la situación de la posguerra y atrajo a los dirigentes sindicales, con las ideas de justicia social y del Estado de Bienestar, que tomó tanto de los socialistas como de los católicos sociales. Prácticamente todo el movimiento obrero aceptó la invitación, que solo excluyó a los comunistas, duramente reprimidos. Sin embargo, los dirigentes sindicales decidieron construir una fuerza política autónoma: el partido Laborista, según el modelo inglés. Por otra parte, Perón sumó adeptos en todas las otras fuerzas políticas, convocando a hombres del radicalismo, el socialismo, el conservadorismo, el nacionalismo, el catolicismo y hasta del comunismo. No hubo fuerza política que no experimentara alguna división o escisión. Finalmente, aprovechó un enfrentamiento con el torpe embajador norteamericano; con la consigna "Braden o Perón" enlazó su movimiento con la tradición antimperialista y nacionalista en alza.

Frente a Perón se constituyó la Unión Democrática. En cierto sentido, se trataba de una versión del Frente Popular proyectado en 1936, pues había mantenido las opciones originarias: democracia vs. fascismo. Para ellos Perón era la expresión del nazifascismo, y en esto acompañaban los exiliados republicanos, que extendían así las imágenes de la Guerra Civil. Las consignas de la Unión Democrática, aunque incorporaban los temas modernos de la justicia social, se centraban en la democracia y las instituciones republicanas. Pero su composición era bastante distinta de la del Frente Popular. Habían incorporado al sector liberal conservador, y a los propietarios y patronos, así como a algunos contingentes de católicos. Pero habían perdido su pieza principal: las

organizaciones sindicales y el movimiento obrero. Desde ese punto de vista, el Frente Popular ya no existía.

La nueva oposición entre Perón y la Unión Democrática conservó algo de su origen en la Guerra de España. Perduró la movilización política, las consignas duras y el estilo faccioso y excluyente, pero la composición de las partes fue sustancialmente distinta. Del nuevo movimiento peronista pueden decirse dos cosas diferentes, ambas igualmente ciertas. Que prolongó el nacionalismo católico, integrado con concepciones fascistas del Estado y la organización social. Y que sus políticas y su estilo significaron la culminación del proceso de democratización de la sociedad argentina, incorporando a las masas de trabajadores en una fórmula política estatal y nacionalista. Un final inesperado, que combinó lo viejo y lo nuevo. Perón ganó en 1946, por un margen ajustado pero nítido. De ahí en más comenzaría a construir el peronismo.

Para los españoles republicanos, este final fue doblemente decepcionante. Daban por seguro que el fin de la Guerra significaría también el final del régimen de Franco, y se prepararon para el retorno. Tanto, que comenzaron a discutir las opciones políticas, y hasta resurgieron las viejas controversias, por ejemplo entre los partidarios de una República unificada y los defensores de las autonomías. En 1944 los gallegos instalaron en Buenos Aires y Montevideo el Consello de Galizia, un gobierno autónomo en el exilio, y Castelao, su presidente, fue designado ministro en el gobierno republicano de Giral.

Pero cuando terminó la Guerra Franco sobrevivió, pese al empuje de los aliados, que no perdonaban sus relaciones con Hitler. Peor aún, cuando todavía el Caudillo estaba en cuarentena, Perón lo apoyó, y discretamente empujó a los exiliados a bajar el tono, abandonar la militancia pública y dedicarse a actividades menos expuestas. Los republicanos participaron del activo mundo político y sobre todo cultural del anti peronismo, y siguieron caracterizando al

peronismo como fascismo, pero la antigua seguridad se perdió. Poco a poco, empezaron a retornar. A la vez, llegaron nuevos emigrantes españoles, no comprometidos con las antiguas divisiones, y así los ecos de la Guerra Civil se fueron acallando en la política argentina.